



Una tragedia cultural: el incendio de la Biblioteca Nacional del Perú¹

Carlos Aguirre

Universidad de Oregón



107

Resumen

Este ensayo reconstruye las vicisitudes que rodearon el incendio de la Biblioteca Nacional del Perú (BNP) ocurrido en mayo de 1943, los debates generados en torno a las razones que podían explicar la tragedia, el proceso de reconstrucción de la biblioteca, las visiones sobre el lugar de una biblioteca moderna en una sociedad democrática, el rol de los Estados Unidos en la reconstrucción y modernización de la BNP, y las oportunidades perdidas para plantear un debate serio en torno a la defensa del patrimonio cultural.

Palabras clave: Biblioteca Nacional - patrimonio cultural - interamericanismo.

Key words: National Library - cultural heritage - Inter-Americanism.

1. Quiero expresar mi gratitud al personal de la Biblioteca Nacional del Perú, especialmente a su director, Ramón Mujica Pinilla, y a Silvana Salazar y Martha Uriarte, por su generosa ayuda durante la investigación que sustenta este ensayo. Versiones preliminares fueron presentadas en el congreso anual de la Asociación de Historiadores Americanos (Chicago, pp. 5-8 de enero de 2012) y en el coloquio “La cultura del libro. Aproximaciones desde la historia y el arte” (Biblioteca Nacional del Perú, pp. 22-23 de agosto de 2013). Agradezco a los participantes en esos dos eventos, y especialmente a Javier Villa-Flores, Pedro Guibovich y Ricardo Salvatore, por sus comentarios y sugerencias. La versión en inglés de este texto fue publicada en el volumen colectivo *From the Ashes of History. Loss and Recovery of Archives and Libraries in Modern Latin America* (Raleigh: Editorial A Contracorriente, 2015), editado por Carlos Aguirre y Javier Villa-Flores. Finalmente, mi agradecimiento a Ana Larre Borges por incluir esta versión en español en el número especial de la *Revista de la Biblioteca Nacional* con ocasión del bicentenario de la Biblioteca Nacional del Uruguay.



La Biblioteca Nacional del Perú en cenizas, después del incendio ocurrido en 1943.

Nunca en mi vida había visto un espectáculo tan impresionante. Daba la impresión de un lugar bombardeado. Gruesas paredes desnudas sobre las que se sostenían algunas vigas calcinadas y que, a medias, protegían escombros llenos de lodo, era lo que había en lugar de las apacibles salas América, Europa y Periódicos Peruanos, con sus bellas estanterías y sus anchos corredores, y como resto del depósito de publicaciones recientes. En su suelo yacían, en confusión, papeles y trozos de anaqueles, muebles, pisos y techos. El fuego, al consumir los pisos, al poner en descubierto la tierra del suelo y al ocasionar el desplome de habitaciones enteras, habíase unido, en monstruosa alianza, con el agua para la destrucción de impresos y manuscritos preciosos que yacían empapados y en desorden.

Jorge Basadre (1975 27)

En las primeras horas del 10 de mayo de 1943, la Biblioteca Nacional del Perú (BNP) quedó virtualmente destruida a causa de un voraz incendio. Esta tragedia horrorizó a la comunidad peruana e internacional, a miembros de las élites políticas y culturales tanto como a ciudadanos ordinarios, a numerosos gobiernos de otros países, asociaciones culturales, académicos, intelectuales, bibliotecarios, y educadores. Los debates y comentarios que se produjeron en los días y semanas siguientes se concentraron en dilucidar las causas de la tragedia, pero en medio de la angustia generada por la pérdida de tan valiosos tesoros documentales y bibliográficos surgieron también debates en torno a una serie de temas que no siempre ocupaban la atención de los intelectuales, los medios de comunicación, las autoridades del Estado y los ciudadanos de a pie: los valores sociales y no solo documentales atribuidos a una biblioteca; la historia trágica de la Biblioteca Nacional del Perú y el abandono en que generalmente se la había mantenido; el papel que una biblioteca “moderna” debía desempeñar en la sociedad; la protección del patrimonio cultural del país y la promoción de mecanismos para evitar el continuo expolio del que el Perú ha sido víctima; y finalmente, el contexto nacional e internacional en que se produjeron tanto el incendio como los esfuerzos de reconstrucción. En este artículo voy a reconstruir esos debates y discutiré algunas de las implicaciones de esta tragedia para nuestra comprensión del lugar que ocupan las instituciones culturales –y específicamente aquellas relacionadas con el patrimonio cultural– en la evolución del Perú durante el siglo XX.

La Biblioteca Nacional del Perú: una trágica historia

La BNP fue creada el 28 de agosto de 1821, apenas un mes después de que el General José de San Martín proclamase la independencia del Perú. Empezó a funcionar el 7 de setiembre de 1822 en el edificio de la escuela jesuita de San Pablo de Lima. Su colección inicial estuvo compuesta por las bibliotecas de la Universidad de San Marcos y varias órdenes religiosas, aparte de importantes donaciones del Cabildo de Lima y de muchos individuos, incluyendo el propio San Martín, quien donó alrededor de 600 volúmenes. Cuando comenzó a funcionar tenía 11.256 volúmenes. La colección continuó creciendo a lo largo del siglo XIX pese a la constante inestabilidad política e institucional. Hacia la década de 1850 había más que duplicado su colección, llegando hasta los 30.000 volúmenes. Hacia finales de la década de 1870 la BNP poseía ya 50.000 libros y casi 800 manuscritos (Porras Barrenechea).

Entre 1879 y 1884 el Perú enfrentaría una desastrosa guerra con Chile que incluyó la ocupación de extensas zonas de su territorio por las tropas chilenas. Lima fue ocupada por casi dos años, entre 1881 y 1883, y sufrió serios daños físicos, abusos contra sus residentes y el saqueo de parte de su rico patrimonio cultural, incluyendo esculturas, pinturas, equipos científicos, imprentas y muchos otros objetos. De particular y dolorosa importancia fue el saqueo de la Biblioteca Nacional, cuyo edificio fue usado por un batallón chileno como cuartel. Varios miles de libros –hasta unos 10.000 según algunas referencias– fueron despachados hacia Chile mientras otros eran simplemente destruidos por las tropas chilenas o vendidos como papel de envoltura a algunas tiendas locales.² Según el viajero alemán Ernst W. Middendorf, “fue la Biblioteca uno de los lugares que más despertó la codicia de los vencedores”.³ Numerosos testimonios revelan que las autoridades chilenas en Lima recibieron órdenes precisas de enviar a Santiago libros y documentos valiosos tanto de la BNP como del Archivo Nacional: historiadores chilenos que estaban familiarizados con los repositorios peruanos solicitaban colecciones específicas que debían ser enviadas a Santiago. En otras palabras, no se trató de actos de pillaje desorganizados o espontáneos, sino más bien de un bien planificado esfuerzo de saqueo cultural (McEvoy).



2. En 2007 se devolvieron a la BNP 3.788 libros. Sigue siendo materia de disputa si esa cifra corresponde al total de libros robados por Chile durante la ocupación o si existen todavía algunos cientos o miles en repositorios chilenos. Ver Guibovich.

3. Citado en Guibovich 88.

Al finalizar la guerra, el renombrado escritor y tradicionalista Ricardo Palma fue nombrado director de la BNP y encargado de su reconstrucción. Palma solo encontró 738 libros de los 56.000 que tenía la BNP antes de la ocupación, muchos de ellos en latín o parcialmente destruidos por la polilla. La falta de recursos económicos complicaba su misión, pero, convertido en un “bibliotecario mendigo” y gracias a sus contactos y prestigio pudo adquirir, por donación o intercambio, colecciones valiosas de libros viejos y nuevos. Numerosos gobiernos, instituciones e individuos peruanos y extranjeros colaboraron en este esfuerzo. Cuando la BNP reabrió sus puertas el 28 de julio de 1884 poseía 27.894 volúmenes (Xammar). En 1912, cuando Palma se jubiló, la colección había crecido hasta tener 45.792 volúmenes, 1.323 periódicos y 449 manuscritos. Hacia 1943, cuando ocurrió el incendio, ya la colección se acercaba a los 150.000 libros y 40.000 manuscritos. Según diversos comentaristas y observadores, era una de las mejores bibliotecas de América Latina (Porras Barrenechea).

Sin negar la enorme contribución que hizo Palma a la reconstrucción de la BNP, hubo numerosos problemas con la manera cómo la Biblioteca operaba, los que fueron resaltados en un reporte escrito por su sucesor, Manuel González Prada, en 1912. González Prada escribió un breve pero contundente alegato contra el legado de Palma —que, por otro lado, reflejaba también la rivalidad personal que existía entre ambos— en el que criticó ciertas prácticas como la costumbre de Palma de colocar su sello personal en los libros de la biblioteca, el agrupamiento y encuadernación de grupos heterogéneos de folletos en un mismo volumen, la falta de método y los serios errores en la organización de libros por temas y la casi completa ausencia de catálogos y fichas. También llamó la atención sobre la pérdida de 1.553 libros cuyos títulos y datos completos era imposible confirmar por la falta de catálogos. González Prada concluyó: “Si la Biblioteca Nacional patentiza buenas intenciones, labor y perseverancia, no revela mucha competencia bibliográfica, mucha exquisitez de gusto ni mucho amor al libro”.⁴

Ricardo Palma había demandado, desde 1895 por lo menos, un mejor edificio y más recursos para la biblioteca. En 1911 se quejó amargamente de la falta de atención hacia las necesidades de la institución: si los poderes ejecutivo y legislativo no respondían a sus demandas, se lamentaba, “mi tan fatigosa como entusiasta tarea de más de un cuarto

4. Sobre Ricardo Palma como bibliotecario y su rivalidad con Manuel González Prada ver los dos textos de Gonzales Alvarado citados en la bibliografía. Sin descartar necesariamente las críticas por la falta de prácticas de catalogación adecuadas en la BNP, es justo mencionar que en 1891 Palma produjo un catálogo parcial de las colecciones de la biblioteca (Palma 1891).

de siglo, está en peligro de esterilizarse” (Xammar 131).⁵ Intelectuales como José Carlos Mariátegui y Carlos Pareja Paz Soldán escribieron, en 1928 y 1935 respectivamente, acerca de las serias deficiencias de la BNP. La descripción de Mariátegui es sumamente explícita: “La Biblioteca Nacional no corresponde a su categoría ni a su título. Su capital de libros, revistas y periódicos (contemporáneos) es insignificante [...] La Biblioteca Nacional no vive casi [...] No existe casi para la cultura y la inteligencia del país”.⁶

Cerca de la medianoche del domingo 9 de mayo de 1943 se inició un incendio, muy probablemente en la Sala Europa, que rápidamente se extendió hacia otras salas y habitaciones del edificio que cobijaba la BNP. La primera persona que se percató del incendio, hacia las 2 a. m., fue un guardia de seguridad de la ciudad, Valeriano Grados, quien solicitó ayuda a otros guardias, transeúntes y compañías de bomberos. El director, Carlos A. Romero, que vivía muy cerca del local de la BNP, fue también rápidamente notificado. La falta de un mecanismo de alarma, una de las varias fallas de seguridad de las que adolecía la BNP en ese entonces, así como la escasez de agua, impidieron una acción más rápida por parte de los bomberos. Cuando ellos llegaron, varias salas, incluyendo la Sala Europa y la Sala América, estaban totalmente destruidas. El fuego destruyó casi el 75% del edificio que cobijaba no solo la BNP sino también el Instituto Histórico, la Sociedad Geográfica y el Archivo Nacional. Los edificios contiguos de la iglesia San Pedro y el Instituto Pedagógico de Mujeres no resultaron afectados. Milagrosamente, el área del edificio que albergaba el Archivo Nacional no sufrió los estragos del incendio. Los reportes iniciales indicaban que unos 100.000 volúmenes encuadernados, 4.000 libros sin encuadernar y 40.000 manuscritos se habían perdido. Materiales valiosísimos –incunables, libros coloniales, colecciones raras de periódicos y revistas y manuscritos irremplazables– resultaron destruidos o seriamente dañados por el fuego, el agua, o ambos. Transcurrieron al menos dos meses antes de que los administradores de la biblioteca tomaran alguna acción respecto de los materiales que sobrevivieron: Luis Fabio Xammar, el nuevo secretario de la BNP, reportó en julio de 1943 que esos materiales habían sido apilados y abandonados en varias habitaciones sin que se hiciera el menor esfuerzo por clasificarlos y organizarlos para prevenir su deterioro.⁷



5. González Prada, sin embargo, consideraba que un edificio nuevo no era del todo necesario (González Prada 15-16).

6. Citado en Basadre 1975 19.

7. Reporte escrito por Luis Fabio Xammar al ministro de Educación, 10 de julio de 1943, BNP, Archivo Central. Este breve documento ofrece una descripción lapidaria sobre el lamentable estado de la BNP. Las nuevas autoridades encontraron cajas de libros que

Manuscritos y libros completamente destruidos fueron vendidos a las fábricas de papel. Dos notables colecciones que al principio se temió que hubieran sido destruidas, también sobrevivieron a la tragedia: el archivo Paz Soldán y la colección Zegarra. Un cierto número de ejemplares duplicados también se salvó, lo que permitió remplazar al menos una cantidad de los materiales perdidos. Una cantidad limitada de materiales valiosos que el director Romero conservaba en su oficina pudieron salvarse, incluyendo por ejemplo los primeros cinco libros impresos en Lima por Antonio Ricardo, entre ellos la *Doctrina Christiana* (1584) y el *Confesionario para curas de indios* (1585).⁸

La noticia del incendio se diseminó rápidamente por la ciudad de Lima y luego el resto del Perú y el mundo entero. Las reacciones reflejaban uniformemente la magnitud del desastre. Raúl Porras Barrenechea se refirió a la “crueldad” de la tragedia y al carácter “irremediable” del daño que ella causaba a los futuros investigadores de la historia peruana: “Para estudiar historia peruana tendremos que ir a Estados Unidos, a la Argentina, a Chile, a España”. Períodos extensos de la historia peruana, agregó, “se quedan en la penumbra por la desaparición de folletos únicos y de periódicos indispensables”. La destrucción de la BNP representaba, según Porras, la “mutilación de nuestra historia” (Porras Barrenechea). El periodista y escritor Jorge Falcón comparó el incendio con la invasión nazi de Holanda, Luxemburgo y Bélgica, que había ocurrido exactamente tres años atrás. Culturalmente, escribió, la pérdida podía equipararse a la destrucción de una ciudad entera (Falcón). El embajador brasileño en Lima la llamó “doloroso acontecimiento que enluta la inteligencia de nuestro continente”. Enrique Gamio la consideró una “irreparable pérdida nacional y continental” y sugirió que la reconstrucción de la BNP debía considerarse una prioridad nacional¹⁰.

nunca habían sido abiertas, cartas que jamás se contestaron y no lograron ubicar valiosos manuscritos.

8. Una lista de los libros que sobrevivieron al incendio se publicó en varios números del *Boletín de la Biblioteca Nacional* a partir de octubre de 1943. Se consiguieron en préstamo equipos para secar libros y otros materiales húmedos. Todos los libros que fueron parcialmente quemados y no podían ser usados fueron cuidadosamente envueltos y protegidos y ahora se hallan almacenados en una sala conocida como el “Pabellón de Quemados” en la BNP. Periódicos y otras publicaciones fueron encuadernados, para su mejor preservación, en el taller que funcionaba dentro de la Penitenciaría de Lima.

9. *El Comercio* (a partir de ahora, *EC*, 13 de mayo de 1943).

10. *Ibidem*.



(BN: 214/27)

Vista del edificio de la BNP luego del incendio de 1943¹¹

Buscando culpables

La búsqueda de explicaciones y culpables del incendio empezó casi inmediatamente. Los bomberos no terminaban de apagar las últimas llamas del incendio cuando ya había empezado la atribución de responsabilidades. Dos sospechosos fueron detenidos pero luego liberados por falta de pruebas de su culpabilidad. El guardia nocturno también fue detenido para ser interrogado, pero no se formuló cargo alguno contra él. Desde el comienzo, la hipótesis de que se trató de un acto deliberado fue compartida por mucha gente. El Comandante de la Compañía de Bomberos La France, la primera en llegar al lugar de la tragedia, explicó que a su llegada “no cabía distinguirse foco único y determinado”, lo que para él era una indicación de que el fuego fue intencional.¹²

11. Todas las fotografías pertenecen al archivo de la BNP y se reproducen con autorización de dicha institución.

12. *EC*, 29 de setiembre de 1943.

El 12 de mayo el gobierno formó una comisión, presidida por el ministro de Educación, encargada de formular un plan para la reconstrucción de la BNP en el menor plazo posible y proponer la construcción de un nuevo edificio para la biblioteca.¹³ Esta comisión, a su vez, ordenó una investigación de las causas del incendio a cargo de una subcomisión compuesta por los reconocidos intelectuales José Gálvez, Luis Alayza y Paz Soldán y Honorio Delgado (me referiré a ella a partir de ahora como la Comisión Gálvez). Esta comisión emitió su informe un mes después, pero no fue sino hasta setiembre que se hizo público el documento.¹⁴ Gálvez y sus colegas llegaron a la conclusión de que el fuego no había sido accidental. Un elemento crucial para arribar a dicha conclusión fue el testimonio de un ingeniero que visitó el local siniestrado junto con la Comisión. Este ingeniero descartó una por una todas las otras causas posibles: la electricidad estaba desconectada, por lo que un cortocircuito no podría haber ocurrido; también se descartó que el origen pudiera haber sido el fuego o las brasas de la chimenea de algún vecino; no existían materiales inflamables dentro del edificio, por lo que la tragedia no pudo haber sido causada por “combustión espontánea”; no había habido visitantes ese día, por lo que no pudo tratarse de un fuego accidental causado, por ejemplo, por cenizas de cigarrillos.¹⁵ La explicación más plausible para el ingeniero, y también para la Comisión, fue que se trató de un fuego intencional: “La forma de propagación del incendio sin dejar nada libre del fuego, lleva a creer que los focos han sido múltiples y como estudiados para no dejar huella”, escribió el ingeniero.¹⁶ Esta hipótesis sería también compartida por Jorge Basadre, quien sería nombrado director de la BNP pocas semanas después del incendio:

13. *EC*, 13 de mayo de 1945.

14. El 18 de agosto de 1943, el congresista Emilio Delboy expresó su frustración ante el hecho de que el reporte, finalizado en junio, no hubiera sido todavía publicado. Según la información que él tenía, el reporte indicaba que el fuego no había sido accidental pero, en todo caso, la Cámara de Diputados y el país entero tenían el derecho de conocerlo. Delboy presentó una moción para solicitar al Ministerio de Educación la publicación del reporte, que fue aprobada por unanimidad, *La Prensa* (a partir de ahora, *LP*), 21 de agosto de 1943. El reporte (“Informe presentado por la Comisión Investigadora del Incendio de la Biblioteca Nacional”), fechado el 19 de junio de 1943, fue hecho público a fines de setiembre de ese año (*EC*, 29 de setiembre de 1943).

15. Jorge Basadre menciona otra posibilidad, puramente especulativa: uno de los catalogadores le dijo que los hijos adolescentes del guardián del edificio tenían, al parecer, un negocio ilegal de mecanografiado que funcionaba cuando la biblioteca estaba cerrada. Era posible, por tanto, que hubiera habido visitantes el domingo, la víspera del incendio, y que este se hubiera debido a alguna acción imprudente por parte de dichos visitantes (1975 39).

16. *EC*, 30 de setiembre de 1943.

Las largas distancias recorridas por las llamas, la violencia de su acción horizontal y orientada hacia las colecciones más valiosas, apretadas unas contra otras como si fueran muros, y el volumen de la inmensa destrucción en la mañana del lunes, hacían pensar que el origen no podía ser debido a desperfectos en las instalaciones eléctricas (1975 363).

Otro reporte, escrito por una Comisión formada el 2 de agosto de 1945 por Jorge Basadre cuando se desempeñaba como Ministro de Educación, llegó a las mismas conclusiones: se descartó que se tratara de un incendio accidental y se atribuyó a la acción humana, aunque no se pudo identificar a los culpables¹⁷.

Pero, ¿quién podría estar interesado en destruir los tesoros bibliográficos de la BNP? Hubo muchos rumores e hipótesis y algunos apuntaban a Romero. Según el bibliotecario Ricardo Arbulú, que trabajaba en la BNP, el comentario entre los empleados durante la mañana del 10 de mayo era el siguiente: “¡El viejo Romero ha incendiado la Biblioteca Nacional!” (Corzo 39). Nacido en 1863, Romero tenía 80 años cuando ocurrió el incendio y había trabajado en la BNP desde 1883. Fue director por quince años, entre 1928 y 1943. El anciano director fue acusado de ser cómplice en la desaparición de valiosos ejemplares bibliográficos y algunos empleados expresaron su sorpresa ante el hecho de que el incendio tuviera lugar precisamente cuando se había empezado a hacer un inventario de “lo más valioso en libros, periódicos y folletos peruanos, muy difíciles de reponer, y de manuscritos inéditos imposibles de reemplazar”, sugiriendo que Romero trataba de ocultar los robos destruyendo la colección entera.¹⁸ El problema con esta hipótesis es que al no existir inventarios de la colección completa de la biblioteca no había manera de identificar los libros perdidos o robados. ¿Por qué Romero, entonces, habría decidido incendiar la BNP?¹⁹ Otros culparon al gobierno presidido por Manuel Prado, hijo del expresidente Mariano I. Prado, quien había desempeñado un papel, para algunos, poco decoroso durante la guerra con Chile. Según esta versión, Prado provocó el incendio para deshacerse de documentos que contenían información acusatoria contra su padre (Basadre 1975 34). Existe un amplio consenso sobre la falta de solidez de esta hipótesis: los documentos sobre el rol de Mariano I. Prado en la guerra con Chile eran ampliamente conocidos, por lo que no había razón alguna para intentar destruirlos. Hubo también algunos que culparon a miembros de la comunidad japonesa, quienes habrían



17. Reporte firmado por Ezequiel Muñoz, José Vila y Acuña y Anselmo Barreto (marzo 1946). Archivo Central, BNP. Ver también Basadre 1975 37.

18. *EC*, 30 de setiembre de 1943.

19. Basadre compartió las reservas sobre esta hipótesis (1975 35-36).

actuado en represalia por el maltrato del que estaban siendo víctimas durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, jamás hubo evidencia alguna que permitiera considerar seriamente esta posible explicación. La Comisión Gálvez, al tiempo que mantenía su convencimiento de que el incendio fue intencional, no se hizo eco de ninguna de las teorías sobre los elementos humanos detrás del incendio. Tanto la Comisión Gálvez como Jorge Basadre creían que el incendio estuvo relacionado con las disputas entre Romero y un grupo de jóvenes catalogadores enviados por el Ministerio de Educación. Según Ricardo Arbulú, Romero se opuso vehementemente la catalogación iniciada en 1942 e incluso expulsó a los bibliotecarios del local de la BNP (Corzo 39). De qué manera estas disputas pudieron luego derivar en un acto deliberado de incendio es algo que nadie sabía, y el propio Basadre admitió que esa conexión era el resultado de una especulación (1975 36).



El Director de la BNP Carlos Romero durante su visita a la biblioteca después del incendio

Romero se convirtió en el principal sospechoso y se le abrió un juicio pero fue eventualmente declarado inocente de la acusación al no encontrarse pruebas incriminatorias. Romero se defendió en el juicio que se le abrió y también en una entrevista del 3 de setiembre de 1946, en la que dijo que: “tanto lodo tendría que echar, que muchas personas deben estar

agradecidas a mi silencio”, al tiempo que trasladaba la responsabilidad a las autoridades superiores:

La culpa del incendio recae sobre esas autoridades. Por su desidia, su falta de preparación... y sobre todas las autoridades anteriores, pues desde la época de Palma se pasaban continuamente oficios conminatorios para la reconstrucción del local. Su estado ruinoso es la única causa del incendio... y es infame pensar o hacer querer ver que el incendio fue intencional. Sería declararnos barbaros ante el mundo.²⁰

Romero insistió que fue un cortocircuito el que causó el incendio. Según su testimonio, él había estado solicitando fondos para hacer las necesarias reparaciones eléctricas desde 1933, pero sin resultado alguno. También declaró que en el escritorio de uno de los empleados había corriente eléctrica aun cuando el interruptor estaba apagado. “He escuchado versiones, lamentablemente no documentadas, de que algunos empleados habían notado corriente eléctrica cerca de las estanterías”. Romero también admitió, por otro lado, que se había usado kerosene para combatir la polilla, lo cual habría contribuido a la expansión del fuego. El bibliotecario Ricardo Arbulú compartía la versión de que se trató de un cortocircuito y confirmó que Romero había notificado a sus superiores acerca de la existencia de un cable eléctrico no aislado, pero el director de Educación prestó oídos sordos a dicha notificación (Corzo 39). Arbulú no fue el único que defendió a Romero. Para el conocido historiador jesuita, Rubén Vargas Ugarte, por ejemplo, la dedicación e integridad de Romero estaban fuera de cualquier duda y elogió el trabajo que este había hecho en la biblioteca, así como su infatigable labor como autor y editor. Contradiendo las acusaciones de que Romero se benefició con el tráfico de materiales valiosos, Vargas Ugarte apuntó que Romero siempre vivió muy modestamente con un salario “miserable”, a solo unas cuadas de la Biblioteca Nacional. Otros testimonios, sin embargo, presentan a Romero como un director arbitrario que siempre quería hacer las cosas a su manera y que con frecuencia se oponía a los cambios que apuntaban a la modernización de la BNP. Jorge Basadre también escribió un reporte que incluía una clara denuncia de las inadecuadas prácticas bibliotecarias durante la administración de Romero.²¹

Aunque no hay evidencia de que Romero (o alguien bajo sus órdenes) *intencionalmente* iniciara el incendio, hay razones suficientes para concluir que él compartió la responsabilidad por lo que ocurrió en mayo de 1943. La negligencia e indiferencia del Ministerio de Educación y el



20. Reproducido en Basadre 1975 375.

21. Informe de Jorge Basadre, 10 de julio de 1943, BNP, Archivo Central.

personal de la BNP, incluyendo a su director, jugaron un papel central en la tragedia. Sucede que incluso durante períodos de relativa prosperidad fiscal, las autoridades del gobierno central sistemáticamente negaron a la BNP los fondos necesarios para construir un local más seguro y funcional. El incendio, escribió Porras, fue “el epílogo lógico del largo calvario de la inteligencia en que hace muchos años vive el Perú”. No había fondos para estanterías, libros o guardias de seguridad. *El Comercio* editorializó sobre la tragedia y recordó a sus lectores que el diario había estado exigiendo durante algún tiempo la construcción de un nuevo edificio, dado que “el vetusto local carecía de garantías para la preservación de las riquezas depositadas en sus distintas secciones”.²² El congresista Carlos de la Puente escribió una carta al mismo diario anotando que en enero de 1940 y en noviembre de 1941 había presentado solicitudes a la Cámara de Diputados exigiendo “ayuda económica y protección inmediata” a la BNP, incluyendo la construcción de un nuevo edificio.²³ Luis Alberto Sánchez, destacado intelectual y militante aprista, por entonces exiliado en Chile, llamó a la Biblioteca Nacional –y a sus contrapartes en otros países de Sudamérica– las “Cenicientas del Presupuesto Nacional”.²⁴ Otro destacado intelectual, el conservador Víctor Andrés Belaúnde, escribió: “Supimos reconstruir nuestra Biblioteca en los días de dolor y de pobreza, y no hemos sabido conservarla en las épocas de prosperidad y de bonanza”. Belaúnde culpó de la tragedia al “proceso de descuido y desdén por la cultura que han representado para el Perú 20 años de régimen de cesarismo burocrático”.²⁵ Raúl Porras fue igualmente claro al establecer una relación entre el desdén oficial por la cultura y la falta de instituciones democráticas y transparentes:

En el Perú, por obra de gobiernos cesaristas se ha perdido hace mucho tiempo el sentido de la responsabilidad que es necesario restaurar. No cabe democracia sin responsabilidad ni renovación. Es urgente restablecer las virtudes democráticas que primaron en el Perú de 1895 a 1919 y desterrar los hábitos implantados desde entonces: odio o desdén a la inteligencia, horror a la tecnicidad, propensión al servilismo, predominio de los ineptos y oportunistas, aun en las más

22. *EC*, 11 de mayo de 1943.

23. En una de sus intervenciones sostuvo: “la Biblioteca debe salir pronto del lugar en que se encuentra. La Sala de Lectura no es otra cosa que un corredor o pasadizo. Los libros se encuentran faltos de catálogo y protección. [...] El personal que atiende al público percibe el mismo haber de ahora hace veinte años, lo que equivale a sueldos de hambre”. Y demandó la construcción de un nuevo edificio “cuanto antes”. La BNP, agregó, no podía seguir funcionando “en homenaje a la tradición [...] en el mismo lugar en que se fundó” (*EC*, 13 de mayo de 1943).

24. *El Mercurio* (Santiago de Chile, a partir de ahora *EM*), 13 de mayo de 1943.

25. “Ante el incendio de la Biblioteca Nacional”, *Blasón* sin fecha.

altas instituciones culturales, venalidad y mercantilismo. De todo esto ha surgido la catástrofe de la Biblioteca y de su enmienda puede también, con el concurso indispensable de la juventud, surgir un renacimiento.²⁶

Otros destacados intelectuales como el historiador jesuita Rubén Vargas Ugarte o el jurista y diplomático Raúl Ferrero fueron igualmente críticos con el *statu quo*. *La Prensa* editorializó: la BNP “estuvo, durante largos años, en casi completo abandono, y llevaba una vida lánguida, sin recursos, sin local apropiado, sin siquiera un catálogo que facilitase las consultas de los lectores”.²⁷ Jorge Basadre compartió esa percepción: “La incuria burocrática tenía responsabilidad, directa o indirecta, en el siniestro” (1945 6). La comisión formada por el Ministerio de Educación en 1945 también describió las condiciones de la Biblioteca al momento del incendio:

La Biblioteca Nacional se hallaba en estado de abandono, caracterizado por la vetustez y deterioro del edificio, por su deficiente instalación eléctrica, por los métodos primitivos usados para la conservación de sus colecciones, por la exigüidad del Presupuesto de la institución, por la carencia de vigilancia nocturna y todo sistema de prevención de siniestros, por la falta de un reglamento interno adecuado [...] y por la falta de celo de los Directores de la Biblioteca Nacional y de Educación Artística para remediar esta situación.²⁸



La conclusión era y es muy clara: la Biblioteca Nacional no fue solo una víctima del abandono estatal, sino de hecho se erigía en una especie de microcosmos de la sociedad peruana: el largo período de Romero como director de la BNP coincidió con una serie de regímenes autoritarios. Romero era una especie de anciano dictador que insistía en mantener las cosas bajo su directo y estricto control, rechazando cualquier esfuerzo destinado a reformar o renovar la institución. La inercia y la desidia tanto de los sucesivos gobiernos como de la principal autoridad de la biblioteca produjeron una situación de precariedad en la cual la tragedia resultaba no solo posible sino quizás incluso inevitable. Basadre resumió la historia de manera contundente: “Que alguien quemara la Biblioteca es cosa sujeta a discusión, probablemente nunca cerrada; *que la Biblioteca pudiera quemarse* es el hecho más ominoso y lamentable ocurrido hasta ahora en el Perú en el siglo XX”. Pero no solo el Estado, agregó Basadre, sino también la

26. Ídem.

27. *LP*, 26 de junio de 1943.

28. Informe sin fecha firmado por Ezequiel Muñoz, José Vila y Acuña y Anselmo Barreto p. 15.

opinión pública, tendría que compartir responsabilidades en este dramático y doloroso episodio (1975 48)²⁹.

Reconstrucción y reforma

Como mencioné anteriormente, dos días después del incendio el gobierno formó una comisión a cargo de la reconstrucción que tuvo también entre sus funciones recibir y administrar las donaciones. Varios intelectuales de prestigio integraron esta comisión, entre ellos Jorge Basadre, Víctor Andrés Belaúnde, Raúl Porras Barrenechea y José de la Riva Agüero. Un crédito especial de cinco millones de soles fue aprobado por el Consejo de Ministros para otorgar recursos a esta Comisión. Cuatro subcomisiones se organizaron, cada una a cargo de las siguientes tareas: 1) supervisar la construcción de un nuevo edificio; 2) recibir las donaciones en efectivo; 3) recibir y comprar libros; 4) implementar el proyecto de crear un catálogo de la biblioteca. El historiador Jorge Basadre fue nombrado Secretario General de todas las subcomisiones.³⁰ Poco después, en junio, el gobierno cesó a Carlos Romero del cargo de director de la BNP y nombró en su lugar a Jorge Basadre. Este aceptó con algunas condiciones: que los esfuerzos de reconstrucción estuvieran guiados por criterios técnicos; que él tendría autoridad sobre todos los aspectos de la biblioteca, desde los presupuestales hasta los estrictamente bibliográficos; que se creara una Escuela de Bibliotecarios; y que los planes para el futuro edificio de la biblioteca nacional fueran aprobados por expertos extranjeros, específicamente norteamericanos. La reconstrucción, según Basadre, debía ser “total”: debía incluir no solo las colecciones de libros, el servicio, la organización, y el personal, sino también “el espíritu” (1945 6).

La construcción de un nuevo edificio se consideró una prioridad. De hecho, esta había sido una demanda reclamada durante décadas por bibliotecarios e intelectuales. Una propuesta interesante había sido hecha por el pintor indigenista José Sabogal en 1936 y reiterada luego del incendio: Sabogal recomendaba la construcción de un edificio “moderno, seguro y amplio” que cobijaría la BNP, un museo nacional, y salas para exhibiciones y conciertos, “aprovechando –sugería Sabogal– la organización

29. La investigación iniciada por el juez Pedro Gazatz no llegó a ninguna conclusión. El caso fue reabierto en 1946 por el Fiscal de la Corte Superior, quien intentó probar que el incendio no se debió a una acción humana. El Senado aprobó una moción el 7 de agosto de 1946 para solicitar al Poder Judicial una investigación exhaustiva, pero la Corte Superior consideró el caso cerrado. Pese a algunos esfuerzos aislados, el caso del incendio fue gradualmente abandonado. Circunstancias políticas –en particular el golpe militar que lideró Manuel A. Odría en octubre de 1948– y el deseo, por parte de muchos miembros de las élites políticas culturales, de no reabrir el caso, impidieron una investigación completa. Ver Basadre 1975 37-38.

30. *EC*, 19 de mayo de 1943.

técnica norteamericana”. Sabogal incluso sugirió que el espacio que por entonces ocupaba la penitenciaría de Lima era la mejor ubicación para este proyecto.³¹ El plan de Sabogal jamás fue implementado. Luego del incendio, Basadre sugirió que los planos para un nuevo edificio resultaran de un concurso entre arquitectos peruanos supervisado por la Sociedad de Arquitectos, pero el gobierno puso esa tarea en manos del Ministerio de Fomento. Basadre insistió en reclamar que los planos fueran revisados por expertos extranjeros (1945 6). La subcomisión encargada de esta tarea decidió que el nuevo local de la BNP sería construido en la misma área que ocupaba antes, aunque con una extensión mayor gracias a la apropiación de terrenos adicionales. La cercanía de ese terreno a la Universidad de San Marcos, al Congreso, la Plaza de Armas y otros edificios públicos, y el deseo de preservar la ubicación histórica de la BNP, fueron las principales razones detrás de la decisión. El plano final fue preparado por arquitectos del Ministerio de Fomento liderados por Emilio Harth Terré y con la asesoría de especialistas norteamericanos como Hanke, Metcalf y Lewis.³² El nuevo edificio iba a tener seis pisos, un total de 16.500 metros cuadrados de construcción y capacidad para un millón de volúmenes.³³

La ceremonia de colocación de la primera piedra del nuevo edificio tuvo lugar el 18 de enero de 1944 y la construcción se inició en marzo del mismo año.³⁴ La Biblioteca, que después del incendio estuvo funcionando en el área previamente ocupada por el Archivo Nacional y que no había sido afectada por el desastre, fue reubicada temporalmente en una sección de la Escuela de Bellas Artes durante la construcción del nuevo edificio.³⁵



31. José Sabogal, “La Biblioteca Nacional y el Museo Peruano”, *Excelsior* (recorte periodístico sin fecha), 382-384. Esta propuesta fue apoyada por varios intelectuales, incluyendo a Jorge Falcón (*Universal*, 10 de mayo de 1945).

32. “Datos sobre el nuevo local”, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, I, 2, enero 1944, 71-72.

33. *El Universal*, 12 de diciembre de 1943; “Datos sobre el nuevo local”, 72. Por razones que no tengo espacio para discutir, Basadre objetó vehementemente el plan de Harth Terré y escribió un detallado memo al Ministro de Fomento explicando sus razones. Jorge Basadre, Memorandum sobre el edificio de la Biblioteca Nacional, 23 de octubre de 1946, BNP, Archivo Central.

34. “Colocación de la primera piedra del edificio de la Biblioteca Nacional”, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, I, 2, enero 1944, 66-70. Basadre se opuso a esta ceremonia pero el presidente Prado quería a toda costa que su saliente gobierno recibiera el reconocimiento como aquel que inició la construcción del nuevo edificio de la BNP. Ver Jorge Basadre, Memorandum, 23 de octubre de 1946, BNP, Archivo Central.

35. El Archivo Nacional fue trasladado a una nueva ubicación inmediatamente después del incendio. Un decreto que ordenó su ubicación temporal en el Palacio de la Exposición, en Paseo Colón, no se pudo implementar debido a la oposición del alcalde de Lima (Basadre 1945 61).

La mayor parte de los esfuerzos de Basadre se concentraron, como en el caso de Ricardo Palma sesenta años antes, en conseguir donaciones y adquisiciones para reconstruir la colección bibliográfica de la BNP. Personas particulares —desde reconocidos intelectuales hasta ciudadanos modestos—, asociaciones de vecinos, municipios, instituciones civiles y militares, embajadas de países amigos y muchos otros individuos e instituciones no solo expresaban su solidaridad con la BNP sino también empezaron a donar dinero en efectivo y libros. Diarios de todo el país y del extranjero incluyeron, durante los días y semanas después del incendio, tanto expresiones de solidaridad como promesas de donaciones. Cartas de solidaridad y donaciones llegaron de lugares tan diversos como Cerro de Pasco, Puerto Maldonado, Iquitos, Ayacucho, Azángaro, Huaraz o Negritos. Valiosas colecciones personales fueron donadas a la BNP. El Sindicato de Comerciantes en Libros Usados anunció su contribución en la forma de “algunos libros”. Un ama de casa sugirió la organización de *kermesses* “para levantar este templo del saber, a donde nuestros hijos vayan felices y confiados a beber de esa fuente del saber, tan necesaria, hoy más que nunca, que los valores morales están en quiebra en el mundo”.³⁶ Familias humildes se desprendían de algunas valiosas colecciones de libros. La familia Minuto, por ejemplo, envió 43 títulos en 59 volúmenes, “que formaban la porción más valiosa de mi modestísima colección de libros, traída desde mi tierra moqueguana”.³⁷ Los estudiantes del colegio Nuestra Señora de Guadalupe organizaron una campaña para recolectar fondos. Un partido de fútbol entre estudiantes de las universidades de San Marcos y la Católica y una corrida de toros con un programa especial fueron organizados con los mismos fines. Resulta evidente que muchos sectores de la sociedad peruana participaron en esta campaña —ricos y pobres, jóvenes y viejos, intelectuales destacados y ciudadanos ordinarios, trabajadores y estudiantes, y habitantes de casi todas las provincias—. Hacia 1945, dos años después del incendio, poco más de 5.000 libros y más de medio millón de soles habían sido donados por personas e instituciones peruanas (Basadre 1945 16, 22).³⁸ Desde cierto punto de vista, hubo una generosa y masiva movilización en favor de la reconstrucción de la BNP pero, a pesar de ello, los esfuerzos fueron claramente insuficientes y, como el propio Basadre anotó, en ese esfuerzo “no se hicieron presentes, salvo pocas excepciones... la gente o las entidades más ricas del Perú. Nada hicieron la Internacional Petroleum, la Cerro de Pasco Corporation, Graham Rowe Co., la casa Milne, muchas familias prominentes” (1975 62-63). Un editorial del diario *La Noche*, publicado en el primer aniversario del incendio, contrastó la reciente noticia de una donación de

36. *EC*, 17 de mayo de 1943.

37. *EC*, 20 de mayo de 1943.

38. Basadre ofreció en este reporte un informe detallado de todas las donaciones.

27 millones de dólares hecha por un hombre de fortuna a la Universidad de Chicago con la actitud de los peruanos que poseían fortuna monetaria y tesoros bibliográficos: estos “no han tenido, hasta ahora, ningún gran gesto en favor de nuestra Biblioteca Nacional”.³⁹

Llegaron también donaciones de distintos países como Argentina, México, Cuba, Bolivia, Ecuador, Guatemala, Haití, Gran Bretaña y China. La Biblioteca Nacional de Buenos Aires anunció el envío de 5.000 libros.⁴⁰ Un Comité formado en España prometió enviar “la mayor cantidad posible de libros originales que puedan reemplazar a los destruidos por el siniestro” y el Vaticano anunció también su colaboración.⁴¹ Una Sociedad de amigos de la Biblioteca de Lima se formó en México bajo el auspicio de reconocidos intelectuales de varios países como Rafael Heliodoro Valle, Fernando Ortiz, Alfonso Caso, y muchos otros.⁴² Hacia 1945, cerca de 23.000 libros se habían recibido del extranjero, siendo Argentina el principal país donante con 6.884 títulos.⁴³

Pero la futura colección de la BNP no podía depender enteramente de donaciones, por lo que Basadre inició la compra de valiosas colecciones privadas de periódicos, libros y panfletos de intelectuales y coleccionistas como Hermilio Valdizán, Evaristo San Cristóbal y otros. Enviados especiales de la BNP recorrieron también librerías de viejo en busca de valiosos ejemplares para reemplazar aquellos que se habían perdido en el incendio (Basadre 1945 52). Las publicaciones de la BNP incluían avisos solicitando a los lectores la donación o el canje de libros específicos que la biblioteca consideraba era necesario poseer en sus colecciones.⁴⁴ Avisos anónimos fueron también colocados en diversos periódicos. Una de las adquisiciones más importantes fue la de la colección particular del expresidente argentino Agustín Pedro Justo, quien había muerto unos meses antes del incendio de la BNP. Su vasta colección, que Basadre mismo había tenido oportunidad de ver durante una visita a Buenos



39. Fulano de tal (seudónimo), “El perfil de las cosas”, *La Noche*, 10 de mayo de 1944 (reproducido en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, I, 4, julio de 1944, 298).

40. *LP*, 14 de mayo de 1943.

41. *EC*, 16 de mayo de 1943 y *LP*, 23 de mayo de 1943, respectivamente.

42. *Excelsior*, 24 de junio de 1943.

43. Ver Basadre 1945, donde aparece información detallada sobre las donaciones nacionales e internacionales. Ver también la lista de donantes en varios números del *Boletín* que Basadre fundó luego de convertirse en director de la BNP.

44. En *Fénix*, por ejemplo, algunos avisos incluyeron títulos de obras de Bernabé Cobo, Pedro Cieza de León, Juan de Matienzo, Juan de Arona, Francisco García Calderón, Ventura García Calderón, Manuel González Prada, Manuel Lorenzo de Vidaurre y otros, que la biblioteca estaba tratando de adquirir.

Aires en 1942, había sido ofrecida a la Biblioteca Nacional de Argentina, pero la compra no se pudo concretar, aparentemente por la negativa del gobierno de Juan Domingo Perón a autorizar el uso de los fondos requeridos. Enterado de esto, y dándose cuenta de la enorme oportunidad que se le presentaba de adquirir esta valiosa colección, Basadre movilizó exitosamente recursos públicos y privados que culminaron en lo que él llamó una adquisición “espectacular”. Liborio Justo, hijo del general, incluso rechazó una oferta mucho más alta de la Universidad de Texas, expresando que su padre “jamás hubiera permitido que [su acervo bibliográfico] fuera llevado a los Estados Unidos que iban a fortalecer sus armas de penetración imperialista” (Basadre 1975 68).⁴⁵ Resulta irónico que la actitud antinorteamericana de Liborio Justo hubiera permitido a Basadre, un amigo, admirador y colaborador cercano de instituciones de ese país, a adquirir tan importante biblioteca para la BNP.

Desde su nueva posición como director de la BNP, Basadre expuso su visión de cuál debía ser el contenido de la nueva colección bibliográfica de la BNP. Ella debía consistir en: 1) toda la producción impresa en el Perú, escrita por peruanos, o relacionada con el Perú; 2) una colección representativa de lo que él llamó “cultura americana”, que con toda certeza quería decir latinoamericana; 3) las obras fundamentales de la “cultura occidental”; y 4) las obras básicas de las culturas “orientales” (1945 50). Como ha comentado Ricardo Salvatore, la visión de Basadre sobre la nueva BNP refleja su comprensión de la “subalternidad” de una institución ubicada en un país periférico, por lo que los objetivos tenían que ser mucho más modestos que los de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos o la Biblioteca Británica (2004). Aunque las adquisiciones debían ser “indiscriminadas” para el caso de los materiales relacionados con el Perú, en todos los otros casos ellas debían ser “selectivas”, aunque buscando un balance entre las diferentes disciplinas, “lotizando, si es posible, el dinero de que se dispone” (Basadre 1945 51). Resulta también interesante resaltar su visión de una “cultura occidental” unificada y singular frente al plural de las “culturas orientales”, así como su propuesta de una entidad singular que él llamaba “Perú” y que, obviamente, debía incluir las sociedades prehispánicas. Esta postura es consistente con la conocida visión de Basadre sobre el Perú como una unidad espiritual y política que atraviesa distintos períodos históricos (como un “problema” pero también como una “promesa” y una “posibilidad”).

El enérgico liderazgo de Basadre produjo resultados impresionantes. Apenas dos años después del incendio, en 1945, la BNP tenía ya 70.000 volúmenes y otros 30.000 debían llegar pronto desde el extranjero. También tenía 6.150 publicaciones periódicas peruanas y 4.715 extranjeras. Cuando la nueva BNP abrió sus puertas, en setiembre de 1947, poseía

45. Sobre la adquisición de la colección Justo, ver Basadre 1945 53-54.

134.000 volúmenes, una cifra muy cercana al total de 150.000 que tenía al momento del incendio (1945 62).

El diseño de una biblioteca moderna

Aparte de reconstruir la colección de libros de la BNP, Basadre, al igual que otros intelectuales, quiso usar la oportunidad para promover el diseño y construcción de una biblioteca moderna y funcional. Tenía la esperanza de que la nueva biblioteca adoptase las técnicas más avanzadas de la bibliotecología, especialmente aquellas desarrolladas en Estados Unidos. Varios comentaristas participaron en estas discusiones. Enrique González Carrillo, por ejemplo, resumió así su ambiciosa visión sobre la nueva BNP:

En la nueva Biblioteca tendrá que haber secciones para niños, biblioteca circulante, departamento de música con discoteca y aparatos de reproducción fonoelectrica, cuartos de estudio para investigadores, cámaras de desinfección, secciones de grabados, imprenta y taller fotográfico, instalaciones para tomar y leer microfilm, etc. Y sobre todo un nuevo espíritu. No una Biblioteca que espere hosca y agresiva al que por necesidad tiene que acudir a ella, sino que, como ocurre en los países cultos, salga a la calle por medio de una propaganda adecuada, en busca de nuevos lectores, mediante exposiciones, conferencias y proyecciones luminosas y los reciban amistosa y comprensivamente.⁴⁶

Basadre compartía esta visión de un nuevo tipo de biblioteca, “lo más parecida posible a lo que significa una biblioteca moderna en un país democrático” (1945 6). Sus objetivos incluían tanto una nueva organización interna de la biblioteca como un nuevo rol para ella dentro de una sociedad democrática. Así resumió Basadre su visión:

La Biblioteca aspirará a ser el hogar intelectual de todas las clases sociales, sin distinción de sexos ni edades. Quienes vayan allí serán servidos, no por favor o haciendo discriminaciones personales; tendrán todos por igual el derecho de ser atendidos cortésmente y podrán demandar el cumplimiento del deber de ayudarlos. Sin descuidar a los eruditos, la Biblioteca buscará al profesional, al obrero, al colegial y al estudiante, suministrándoles un material de lectura de triple finalidad: puramente recreativo, de formación espiritual o de utilidad práctica e inmediata. La organización técnica en este caso específico, no implica un alejamiento de la gente común; por el contrario, se impregna de un auténtico y vasto contenido democrático, de una generosa filosofía social. (1945 7)



46. “Ante el incendio de la Biblioteca Nacional”, *Blasón* sin fecha.

Con todo, no nos parece injusto apuntar que Basadre y los directores que le sucedieron prestaron mucha mayor atención a la operación interna de la BNP que al rol “democratizador” que supuestamente debía cumplir. Una de las reformas más importantes implementadas por Basadre fue la creación de la primera Escuela de Bibliotecarios a fines de 1943, una reforma de la cual siempre se sintió orgulloso y que estaba llamada a desempeñar un papel importante en la creación de bibliotecas modernas acorde con los dictados de la ciencia bibliotecológica.⁴⁷ Basadre también puso mucho énfasis en promover la catalogación y clasificación de libros, un principio básico de la organización de una biblioteca que prácticamente no existía cuando se produjo el incendio. Una nueva estructura interna se implementó en la BNP, que constaba de los siguientes departamentos: adquisiciones, catalogación y clasificación, circulación, servicios de lectura, y sección infantil. Un Museo Bibliográfico fue también parte de los planes de renovación, pero nunca se materializó. Finalmente, Basadre creó tres importantes publicaciones periódicas: el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, que ofrecía información acerca de las actividades y operación de la Biblioteca; *Fénix*, una revista especializada en bibliotecología; y el *Anuario Bibliográfico*, que ofrecía un recuento anual de las publicaciones peruanas y sobre el Perú (1945 55-58).

Convertir a la BNP (y la red de bibliotecas de la que ella iba a formar parte) en una institución abierta, democrática, accesible y acogedora, fue una tarea mucho más complicada. Los niveles de analfabetismo en el Perú de la década de 1940 permanecían todavía muy altos. Los sucesivos gobiernos no mostraron un interés particular en promover una cultura inclusiva y democrática al interior de la cual la circulación de información y conocimiento y la promoción de prácticas de lectura fueran un componente importante. De hecho, en octubre de 1948, poco tiempo después de la reapertura de la BNP, se inició otra dictadura, el ochenio del General Odría, que impuso una vez más una lógica autoritaria en las prácticas sociales y culturales. De hecho, y pese a los enormes esfuerzos para reconstruirla, la BNP habría de continuar padeciendo de presupuestos insuficientes, burocratización, corrupción, y un escaso valor social. Medio siglo después, a comienzos de la década de 2000, otro “bibliotecario mendigo”, el director de la BNP, Sinesio López, tuvo que salir a las calles para recolectar fondos que permitieran culminar el edificio que acoge hoy a la BNP y más recientemente, en 2011, otro director, Ramón Mujica, ha impulsado una campaña de recuperación de libros perdidos (es decir, robados) y se

47. El primer período de clases de la Escuela tuvo lugar del 15 de enero al 15 de junio de 1944. Basadre ofrece un detallado recuento del funcionamiento inicial de la Escuela de Bibliotecarios en Basadre 1945 32-50. Ver también el testimonio de Ricardo Arbulú, miembro de la primera promoción de dicha escuela, en Corzo 39-42 y el discurso de Basadre en la clausura del primer año de actividades de la Escuela (1944).

enfrenta a serias dificultades para lograr erradicar muchos de los problemas que la BNP arrastra desde hacer décadas. Sin negar el importante trabajo realizado desde la década de 1940, la visión de Basadre de convertir a la BNP en una institución central de una sociedad democrática no se ha podido concretar.

El rol de los Estados Unidos y la defensa del patrimonio cultural

Poco después del incendio de mayo de 1943 se formó en Estados Unidos una comisión para ofrecer asistencia profesional y financiera a los esfuerzos por reconstruir la BNP. Entre sus miembros estaban Herbert Bolton, destacado historiador y director de la Biblioteca Bancroft en Berkeley, California; Lewis Hanke, otro prominente historiador latinoamericanista y entonces director de la División Hispana de la Biblioteca del Congreso; Keyes Metcalf, presidente de la Asociación de Bibliotecas Americanas y director del sistema de bibliotecas de la Universidad de Harvard y Milmarth Lewis, bibliotecario de la Universidad de Yale. Un grupo de ellos viajó a Lima en agosto de 1943 junto a Sumner Welles, subsecretario de Estado, para sostener una serie de reuniones con autoridades del estado peruano y la Comisión a cargo de la reconstrucción de la BNP. Fue con apoyo de Estados Unidos que se pudo abrir la Escuela de Bibliotecarios. Estados Unidos contrató y pagó cinco profesores de la escuela, dos de ellos traídos desde ese país.⁴⁸ Además, Estados Unidos donó un total de 22.000 libros (la mayor cantidad donada por un país extranjero entre 1943 y 1948) y \$25.000 en efectivo para la compra de libros. También se hizo llegar a la BNP fotocopias de materiales peruanos pertenecientes a la Colección Harkness de la Biblioteca del Congreso. Empleados de la BNP recibieron becas para viajar a USA a estudiar las técnicas de bibliotecología norteamericanas (Basadre 1945 13).

Varios intelectuales peruanos, como ha enfatizado Ricardo Salvatore en un ensayo sobre el tema, tuvieron una relación muy cercana con el gobierno y las instituciones culturales norteamericanas. Basadre se benefició de una beca de la Fundación Carnegie para estudiar precisamente bibliotecología en Estados Unidos en 1931 (1975 21). En 1938 Basadre, junto con otros intelectuales y académicos como Estuardo Núñez, Luis E. Valcárcel, Julio C. Tello, Albert Giesecke y otros, fundaron el Instituto Cultural Peruano-Norteamericano (ICPNA), una institución destinada a reforzar la cooperación cultural entre Estados Unidos y el Perú (Valcárcel: 339; Cornejo). De hecho, cuando fue llamado para ofrecérselo la dirección de la reconstrucción de la BNP, Basadre había aceptado una posición como profesor visitante en



48. Basadre 1945 13; *LP*, 9 de octubre de 1943.

la Universidad de Columbia. Los contactos y prestigio de Basadre fueron decisivos para asegurar el apoyo de Estados Unidos a la campaña de reconstrucción de la BNP. Más aún, la familiaridad de Basadre con la tecnología y métodos de bibliotecología norteamericanos, a los que evidentemente admiraba, influyeron en la visión que él diseñó sobre el futuro de la BNP y la adopción de varias técnicas bibliotecológicas, como por ejemplo el sistema decimal Dewey de clasificación. A fines de 1943 o comienzos de 1944, el historiador y bibliotecario Alberto Tauro fue enviado por la BNP a Estados Unidos para visitar varias bibliotecas. Su reporte mostró su entusiasmo y admiración por la “alta misión” que cumplían las bibliotecas norteamericanas:

Sirven, desde luego, a la cultura individual y colectiva [...] Pero, sobre todo, son entidades cuya labor se refleja en el civismo y la conciencia nacional [...] En conjunto, las bibliotecas norteamericanas cubren cualquier dirección del interés humano, en estricta armonía con las ambiciones científicas contemporáneas (Tauro).

Pero es el contexto de la Segunda Guerra Mundial lo que explica la rápida y generosa colaboración ofrecida por instituciones norteamericanas a la BNP luego del incendio. Estados Unidos se había embarcado en una política de acercamiento a los países del hemisferio americano en su esfuerzo por contener al eje nazi-fascista. Keyes Metcalf lo expresó con meridiana claridad en una entrevista ofrecida en Lima en agosto de 1943:

Creo en forma muy sincera que este gesto [la ayuda de EE. UU. a la reconstrucción] tiene que tener excelente repercusión no solo entre Uds. sino entre los demás países de América, no porque quiera exaltar la contribución de Estados Unidos, en esta obra, ni pintarla con trazos de generosidad. Creo, por el contrario, que era nuestro deber, como buenos vecinos, hacernos presentes en esta hora triste para el Perú. Creo, igualmente, que es deber de las demás repúblicas americanas, a fuer de buenas hermanas, como muchas lo están haciendo, aportar su contribución, ya que la desaparición de la Biblioteca de Lima es una tragedia que aflige a la América entera. De otro lado, estimo que es un nuevo y efectivo paso que se da en pro del entendimiento mutuo entre las Américas, que, por desgracia, han tardado tanto para acercarse entre sí. Eso tenía que llegar algún día y parece que hemos empezado a marchar por el camino que debimos seguir hace mucho tiempo.

Y agregó, como para que no quedase duda alguna sobre la principal motivación detrás de sus actos de solidaridad con la BNP:

La guerra que estremece al mundo ha venido a dar mayor impulso a la necesidad de establecer un mejor conocimiento entre los americanos de todas las latitudes. Pecábamos de mutuo desconocimiento. Ni ustedes nos conocían bien, ni nosotros a ustedes. Nos mirábamos y pensábamos unos de otros a través de curiosos principios y términos sentados por

viajeros que estuvieron de paso o por autores que vinieron en pos de color a estos países, y que cometieron el error de escribir sin real conocimiento de la América del Sur.⁴⁹

Que estos sentimientos de cooperación eran recíprocos quedó claro durante la comida que el ministro de Educación del Perú brindó a la delegación estadounidense. El ministro Enrique Laroza declaró lo siguiente:

Es particularmente importante la colaboración de los Estados Unidos, por el progreso alcanzado, y mundialmente reconocido, de sus Bibliotecas Públicas. El Perú, afortunadamente ha cultivado una tradicional y constante amistad con esta gran Nación, solidarizándose con ella después de producido el ataque de Pearl Harbour. A la solidaridad política y a la cooperación económica se agrega, hoy día, la alta expresión de la ayuda intelectual que completa con elevada dignidad el contenido más noble en la amistad de los pueblos.⁵⁰

Como ha sido el caso en otras tragedias a lo largo y ancho del hemisferio, la destrucción de la BNP brindó a los Estados Unidos una oportunidad de mostrar su lado más benévolo y al país receptor de la ayuda la ocasión de promover aún más las relaciones de “amistad” con la “gran nación” del norte. Esta cooperación mutuamente beneficiosa se volvió aún más imperativa debido a las amenazas creadas por la guerra mundial y el eje antidemocrático liderado por Alemania. Cuando en 1945 Basadre escribió su reporte sobre los avances en la reconstrucción de la BNP, hizo hincapié en que se trataba de un triunfo de la “solidaridad internacional” y el “interamericanismo”, un término que se usaba, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, para representar el comienzo de una nueva era en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina (62).⁵¹

Poco más de tres años después del incendio, el 4 de julio de 1946, una delegación de bibliotecarios norteamericanos viajó a Lima para participar en una ceremonia especial en Palacio de Gobierno, durante la cual se hizo

49. *EC*, agosto 14, 1943. Vale la pena subrayar el uso que hace Metcalf de términos como “América” o “Repúblicas americanas” para referirse a todos los países del hemisferio, no solo a los Estados Unidos, como es usual en la cultura norteamericana, una herramienta retórica usada durante la guerra para enfatizar la existencia de una especie de hermandad de naciones detrás de un propósito común. Durante esa misma visita a Lima, el historiador Lewis Hanke ofreció una conferencia titulada “La Americanización de las Américas”. *EC*, 19 de agosto de 1943.

50. *EC*, 17 de agosto de 1943.

51. En 1941, el líder aprista, Víctor Raúl Haya de la Torre, había usado el mismo término para marcar su alejamiento del antimperialismo radical que había abrazado en las décadas de 1920 y 1930 y su aceptación de la idea de un “inter-americanismo democrático sin imperio” (Haya de la Torre).

una donación de 20.000 libros. En su discurso, Luther Evans, director de la Biblioteca del Congreso, pasó revista a la larga trayectoria de colaboración bibliotecológica entre Estados Unidos y Perú y reiteró que “muchos de los problemas más importantes no pueden resolverse sino sobre una base interamericana, mediante el consorcio del pensamiento y la acción de los bibliotecarios de las Américas”. En su respuesta, Basadre ofreció un recuento detallado y un encendido elogio del sistema bibliotecario de Estados Unidos: la Biblioteca del Congreso, por ejemplo, en lugar de ser una institución cerrada y burocrática, “acumula y clasifica el saber para divulgarlo”, contribuyendo así a un “fecundo” espíritu de descontento que era a la vez “creativo y progresista”.⁵²



Bibliotecarios de Estados Unidos y el Perú durante la ceremonia de donación de libros en Palacio de Gobierno, 4 de julio de 1946. El segundo desde la izquierda es Jorge Basadre. En el centro se ve a Luther Evans, director de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos y a Luis E. Valcárcel, ministro de Educación peruano.

La simpatía de Basadre por Estados Unidos es palpable en las varias reminiscencias que escribió sobre su trabajo como bibliotecario e historiador. Basadre no solo admiraba el sistema bibliotecario de ese país, el sistema Dewey y los planos de sus bibliotecas, sino que además repetidamente elogiaba los aportes de Estados Unidos a la reconstrucción de la BNP y a la Escuela de Bibliotecarios. Mantuvo la misma posición hacia

52. “Entrega del donativo norteamericano a la Biblioteca Nacional”, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, III, 9, setiembre 1946, pp. 44-52.

1975, tres décadas más tarde. En esto, la postura de Basadre fue similar a la de otros intelectuales como Luis E. Valcárcel y Julio C. Tello, cuyo “nacionalismo”, como ha sostenido Ricardo Salvatore, requería y se fundaba sobre la base de unas “conexiones imperiales” (2008 353-384). El discurso en torno a la “ciencia de la bibliotecología” y la “modernización” de las bibliotecas que permeaba la visión de Basadre sobre la reconstrucción de la BNP fue tomado de los modelos norteamericanos, con los cuales había estado en contacto desde al menos 1931. Sin ánimo de cuestionar su admiración y gratitud hacia los Estados Unidos –aunque también es cierto que marcó un cambio en relación a su postura claramente anti-imperialista de 1927– hace falta notar que hubo un aspecto en el cual Basadre no quiso o no pudo confrontar a los bibliotecarios, archivistas y coleccionistas norteamericanos: la trágica historia de saqueo cultural de la que Perú ha sido víctima por parte de instituciones e individuos de Estados Unidos.⁵³

El incendio, los rumores sobre sus posibles causas y la evidencia de que muchos materiales que habían pertenecido a la BNP, al Archivo Nacional y a otros repositorios, estaban ahora en manos extranjeras, generaron algunos comentarios interesantes acerca de la necesidad de proteger y recobrar el patrimonio cultural de las “hermanas repúblicas”, pero también revelan algunos silencios y omisiones significativos. Quisiera empezar con una anécdota. La embajada argentina en Lima anunció, en agosto de 1943, que su nuevo agregado militar estaba próximo a llegar desde Buenos Aires trayendo una “donación” para la BNP: un libro impreso en 1557 por Elio Antonio de Nebrija, titulado *Hymnorum Recognition*. Esta pieza bibliográfica, sin embargo, había pertenecido al Convento de San Francisco de Lima y luego fue transferido a la Biblioteca Nacional, de donde había sido obviamente sustraído y eventualmente adquirido por la Biblioteca Nacional argentina.⁵⁴ Cuando el agregado militar llegó a Lima, una semana después, anunció en efecto que el volumen estaba siendo devuelto a su legítimo dueño, pero todavía consideraba esa devolución no un acto de justicia sino un “hermoso y significativo gesto” de parte del gobierno argentino.⁵⁵ En su



53. Ver, por ejemplo, el artículo de Basadre “Mientras ellos se extienden”, en *Amauta*, 9, 1927, pp. 9-13. Basadre escribió: “Pertenece a los países que confían en Estados Unidos. Sicológicamente, somos de los más propicios a ellos: en nuestra historia abundan los episodios de nuestra deferencia cordial; nuestros catedráticos y políticos les han hecho los más rendidos elogios”. Y concluyó: “[P]recisa formar un sentimiento público celoso de la soberanía nacional ante el peligro yankee”.

54. *EC*, 10 de agosto de 1943.

55. *EC*, 19 de agosto de 1943.

discurso durante la ceremonia de donación, el representante argentino sostuvo que el libro:

tiene para el Perú el gran valor sentimental de haber pertenecido a la Biblioteca Nacional de Lima. La Biblioteca Nacional de Buenos Aires, ha tenido la suerte de adquirirlo y ahora lo restituye a sus legítimos anaqueles de donde saliera para salvarse de las llamas.

Como es obvio, no se menciona el hecho de que fue adquirido ilícitamente. El ministro de Asuntos Exteriores peruano subrayó, en su respuesta, la “generosidad” de Argentina.⁵⁶

¿Cuántos libros más habían sido sustraídos de bibliotecas peruanas y estaban en colecciones privadas y públicas en diversos países? La pregunta, sin duda, flotaba en el ambiente durante las semanas y meses posteriores al incendio. El caso más saltante era el de los libros capturados y transportados a Chile durante la guerra del Pacífico. Resulta interesante comprobar que, aunque en Chile se inició una campaña de solidaridad con la BNP a raíz del incendio, nadie mencionó que una tragedia similar había sido causada por las tropas chilenas durante la ocupación de Lima. El periódico chileno *La hora*, por ejemplo, publicó un reporte sobre el incendio y ofreció una breve historia de la BNP, incluyendo el hecho de que contenía “millares de libros pacientemente coleccionados por el escritor tradicionalista peruano don Ricardo Palma”, pero no mencionó en absoluto la destrucción de la biblioteca durante la ocupación chilena que, precisamente, obligó a Palma a recolectar libros “pacientemente”.⁵⁷ El ministro chileno de Educación, el Senado, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, el rector de la Universidad de Chile, los directores del sistema de bibliotecas y del Archivo Nacional, y muchas otras autoridades, enviaron sus mensajes de solidaridad.⁵⁸ El diario chileno *Defensa* pidió a todos los chilenos que colaborasen con la reconstrucción de la BNP: “Hay que ser generosos y cada chileno debe estar representado en la Biblioteca de Lima con un libro”.⁵⁹ De hecho, se organizó una campaña pública para recolectar libros para la



56. “Discursos pronunciados en la ceremonia de entrega, por el señor Encargado de Negocios de la República Argentina, de la Obra ‘Hymnorum Recognitio’ obsequiada por su país a la Biblioteca Nacional,” *Boletín de la Biblioteca Nacional*, I, 1, octubre 1943, 5-7. Basadre mencionó la entrega de “una joya bibliográfica que antes perteneciera a nuestra Biblioteca Nacional y que fue adquirida en Buenos Aires”, pero no hizo ningún comentario sobre la naturaleza ilegal de esa adquisición (1945 11).

57. *La Hora*, 11 de mayo de 1943.

58. *Ibidem*; *EM*, 12 de mayo de 1943.

59. Así lo reportó *La Prensa* el 17 de mayo de 1943.

BNP. Un aviso publicado en *El Mercurio* el 28 de julio de 1943 solicitaba a la población chilena:

Contribuya usted generosamente con los libros chilenos que tiene en su poder, cualquiera que sea su índole, su fecha y el estado de su conservación, para formar la colección chilena que se enviará próximamente a Lima con el objeto de reconstituir la Biblioteca Nacional destruida por el fuego en mayo de 1943.⁶⁰

La Cámara Chilena de Comercio aprobó la donación de 500.000 pesos para la Biblioteca Nacional del Perú.⁶¹

No cabe duda de que la solidaridad de Chile con la BNP del Perú no estuvo ausente, pero lo que llama la atención fue la falta de reconocimiento de que Chile tenía en su posesión miles de libros que habían sido propiedad de la BNP. Un editorial de *El Mercurio* sobre la tragedia es sumamente revelador de esta falta de reconocimiento (dudo mucho que se pueda atribuir a simple ignorancia) de los sucesos ocurridos durante la guerra:

La pérdida, nunca lo bastante lamentada, de la rica Biblioteca Nacional de Lima [...] mueve a pensar en la desgracia que representa para un país una catástrofe de la magnitud de la ocurrida a la del país hermano, y en la fortuna que significa contar con una Biblioteca como la Nacional nuestra, *seguramente la más rica de la América española*. Quiso la suerte para la cultura de nuestro país que pudiera contar a tiempo con un edificio adecuado, aún en vías de construcción, capaz de resguardar sus valiosos volúmenes que ella atesora.⁶²

Algunos intelectuales peruanos, entre ellos Luis Alberto Sánchez, por entonces exiliado en Chile, evitaron también hacer referencias al saqueo chileno de la BNP. Sánchez elogió a Ricardo Palma por sus esfuerzos de reconstrucción, pero no mencionó las causas de su destrucción.⁶³ En el Perú el tema fue tratado por varios comentaristas, aunque no siempre con el mismo vigor. Un editorial de *El Comercio* se refirió solamente a “los invasores” cuando mencionó la destrucción que motivó los esfuerzos



60. *EM*, 28 de julio de 1943.

61. Ídem, 25 de agosto de 1943.

62. Ídem, 13 de mayo de 1943.

63. *Ibidem*.

de Ricardo Palma.⁶⁴ Días más tarde, el mismo diario publicó un artículo firmado por Manuel Enrique Gómez que se refiere a los “cruentos embates del saqueo y la destrucción” durante la Guerra que comenzó en 1879, pero, una vez más, Chile no fue mencionado explícitamente.⁶⁵ Uno de los primeros comentaristas que explícitamente mencionaron el pillaje chileno de la BNP fue Raúl Porras Barrenechea:

En 1879 se produjo la guerra con Chile. En marzo de 1881, relata don Ricardo Palma que era ya subdirector de la Biblioteca, el General chileno Lagos, posesionado de Lima, después de las batallas de San Juan y Miraflores, decidió la expoliación de la Biblioteca, que contaba entonces con 50.000 volúmenes, y más de 800 manuscritos. Parte de éstos fueron trasladados a Chile y el resto dilapidado por la soldadesca que convirtió la Biblioteca en cuartel.

Representantes del gobierno de Chile no tomaron las acusaciones a la ligera. Gabriel Amunátegui, Director de Bibliotecas, Archivos y Museos rechazó tajantemente el reporte de que Chile tenía libros que habían pertenecido a la BNP. Ni la Biblioteca Nacional ni el Archivo de la Nación chilenos, sostuvo, “han adquirido ni por compra ni por ningún otro medio impreso o documento alguno de tal procedencia”.⁶⁶ Medio siglo más tarde, Chile habría de devolver al Perú más de 3.000 volúmenes robados durante la ocupación de Lima.

Explícita o implícitamente, el recuerdo doloroso de las memorias del saqueo chileno de la BNP influyó sobre quienes participaban en los debates y apuntaban al hecho innegable de que el patrimonio cultural peruano había sido repetidamente saqueado por individuos peruanos o extranjeros. Víctor Andrés Belaúnde fue uno de los primeros en poner este tema sobre el tapete:

Muchos de los documentos históricos y libros del patrimonio cultural del Perú han salido al extranjero. Son, en esos países, objetos de adorno o de curiosidad y, rara vez, instrumento de labor de algún erudito; y, en cambio, ellos representan la base de nuestra cultura y son como las encarnaciones vivientes de nuestra fisonomía espiritual. Su devolución al Perú, además de entrañar un fondo indiscutible de equidad, tendría el hondo significado de una prueba efectiva de solidaridad.⁶⁷

64. *EC*, 14 de mayo de 1943.

65. Manuel Enrique Gómez, “Una irreparable pérdida nacional”, *EC* (recorte periodístico sin fecha).

66. *La Hora*, Santiago, 8 de octubre de 1943.

67. *LP*, 12 de mayo de 1943.

El reporte de la Comisión Gálvez asumió una postura muy firme en relación a este asunto, algo que habría de crear alguna tensión con sectores extranjeros que participaban de la campaña de solidaridad con la BNP. La Comisión se refirió a “las indicaciones circulantes sobre la existencia de valiosos libros y documentos peruanos en el extranjero. Investigadores nacionales han visto en otras Bibliotecas papeles y libros del Perú, *especialmente en Chile, Argentina y Estados Unidos*” (énfasis agregado). El reporte menciona explícitamente libros antiguos preservados en la Biblioteca del Congreso y manuscritos existentes en la colección Harkness de la misma biblioteca que habían sido aparentemente sustraídos de repositorios peruanos. La Comisión recomendó al Ministerio de Educación iniciar una investigación de estos materiales robados, pero también sugirió la necesidad de un tratado o convención entre los países panamericanos para impedir que sus instituciones adquieran artefactos robados. El congresista Delboy incidió sobre esto haciendo referencia a la “donación” argentina mencionada anteriormente: “No es posible que esto se sepa y no se haya hecho, hasta ahora, investigación alguna”. Y luego ofreció una lista de otros documentos perdidos que, sostuvo, existían en Estados Unidos, algo que él mismo había podido confirmar durante un reciente viaje.⁶⁸ Delboy exigió al ministro de Asuntos Exteriores instruir a sus embajadas y consulados en el continente para que inicien negociaciones para recuperar –sea por compra o por otros mecanismos– libros y documentos que habían pertenecido a la BNP o al Archivo Nacional y que obviamente habían sido sacados del país ilegalmente.⁶⁹ El senador Uriel García también testificó que durante una visita reciente a Estados Unidos pudo confirmar que varios museos, archivos y bibliotecas poseían diferentes tipos de artefactos culturales robados del Perú, e insistió en la necesidad de legislar en favor de la protección del patrimonio cultural.⁷⁰ Estas preocupaciones encontraron algún eco en la prensa peruana. El diario *La Prensa* editorializó apoyando la idea de un acuerdo panamericano para proteger el patrimonio bibliográfico y documental.

Pese a las acusaciones ventiladas en estas opiniones, las relaciones cordiales entre instituciones estadounidenses y la BNP continuaron, como vimos anteriormente, y el gobierno peruano al parecer no realizó ninguna gestión en relación, por ejemplo, a la colección Harkness, a pesar de que esta había sido explícitamente mencionada en el reporte de la Comisión Gálvez. Por el contrario, la BNP aceptó la “donación” de fotocopias de dichos materiales. El *Boletín de la Biblioteca Nacional* publicó una breve



68. *EC*, 9 de setiembre de 1943.

69. *LP*, 11 de setiembre de 1943.

70. Ídem, 19 de octubre de 1943.

nota sobre la colección, subrayando su importancia. Aunque allí se nota que “muchos [de los documentos] son originales, conservados por notarios” y se subraya el hecho de que muchos de ellos contenían información sobre “todos los Pizarros y todos los Almagros”, excepto Juan Pizarro, no se mencionó el origen más bien dudoso de muchos de los materiales de esa colección.⁷¹ Claramente, el deseo de mantener la colaboración entre Estados Unidos y el Perú prevaleció sobre las denuncias de estas supuestas apropiaciones ilegales de artefactos culturales peruanos. Basadre hizo solo algunas breves referencias al saqueo cultural en sus varios escritos sobre la reconstrucción de la BNP y casi nada escribió sobre la necesidad de recuperar esos artefactos robados existentes en instituciones extranjeras.⁷² Conocía muy bien, por supuesto, el saqueo de que habían sido víctimas las bibliotecas y otros repositorios peruanos, pero no se convirtió (al menos públicamente) en un férreo propulsor de medidas inmediatas para remediar la situación. Como excepción, Basadre menciona el acuerdo con Luther Evans, director de la Biblioteca del Congreso norteamericano, para que esta no compre manuscritos o libros peruanos sin consultar con la BNP del Perú (1975 82). El énfasis con el que Basadre criticó a las autoridades peruanas por el estado de postración en que se encontraban instituciones como las bibliotecas, los archivos y los museos, no encontró su correlato en alguna enérgica postura en relación al pillaje y el saqueo de que fueron víctimas esas mismas instituciones. Se podría decir que sus esfuerzos se concentraron en conseguir donaciones y reforzar la colaboración con otros países, tratando de evitar conflictos con instituciones y gobiernos extranjeros. Con todo, este era un tema que tenía claras y cercanas conexiones con los esfuerzos de reconstrucción de la BNP, por lo que hubiera sido importante que encabezara o promoviera esfuerzos en esa dirección.

Conclusiones

El incendio que prácticamente destruyó la BNP en mayo de 1943 puso sobre el tapete una serie de temas para la discusión pública: el estado de abandono en que se había encontrado, durante décadas, una de las instituciones culturales más importantes del país; la precariedad de las estructuras administrativas y organizativas bajo las cuales había estado operando la BNP; la necesidad de un nuevo edificio y, sobre todo, de un sistema operativo moderno y “científico”; el papel que debían desempeñar las bibliotecas “modernas” dentro de una sociedad democrática; y el asunto crucial de cómo proteger el

71. “La colección Harkness”, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, II, 6, enero de 1945, p. 175.

72. Sobre la compra de la colección Justo, por ejemplo, Basadre escribió que “en un país como el Perú, donde se ha exportado tantas veces e impunemente, riqueza cultural, hicimos con esta compra una auténtica y valiosa importación de esa misma riqueza” (1945 54).

patrimonio cultural especialmente en un país como el Perú que había sido víctima de tantos episodios de saqueo y destrucción de piezas arqueológicas, manuscritos, libros antiguos, piezas de arte colonial, etc. Los esfuerzos de reconstrucción mostraron un gran nivel de movilización y solidaridad dentro y fuera del Perú. Peruanos de todos los niveles sociales –aunque probablemente en números insuficientes– participaron en la campaña y ofrecieron su contribución. Las donaciones y el apoyo extranjeros marcaron una gran diferencia, especialmente desde Estados Unidos, que estaba interesado en mostrar su rostro benévolo en el contexto de los desafíos que presentaba para ellos y la región el combate contra la amenaza nazi-fascista y la necesidad de fortalecer la unión “panamericana”. Intelectuales peruanos, especialmente Jorge Basadre, precisamente el conductor de la campaña de reconstrucción, estaban muy bien posicionados para promover y dar la bienvenida a esta relación amistosa y de colaboración, dada la combinación paradójica que estos intelectuales representaban entre un fuerte nacionalismo cultural y la colaboración de largo aliento con aquello que Salvatore ha llamado la “empresa de conocimiento” estadounidense (Salvatore 1998).

La BNP reabrió sus puertas cuatro años después de la tragedia, pero muy pronto las expectativas de que se convirtiera en una institución promotora de una nueva cultura democrática desaparecieron en medio de la inestabilidad política, la intervención militar, y la constante inercia oficial en relación con las instituciones culturales. La BNP, como casi todos sabemos, continúa siendo la Cenicienta del presupuesto nacional. Aunque el incendio de mayo de 1943 causó una gran tragedia cultural, lo cierto es que menos visibles pero no menos dramáticos actos u omisiones han causado daños perdurables a esta institución durante sus casi doscientos años de existencia.

Las escasas denuncias hechas luego del incendio respecto a la apropiación de artefactos culturales peruanos por parte de instituciones e individuos extranjeros produjeron resultados muy modestos. El hecho de que gobiernos e instituciones extranjeras participaran en la reconstrucción de la BNP no impidió que los miembros de la Comisión Gálvez y otros comentaristas hicieran serias, aunque a veces relativamente vagas, acusaciones. Resulta claro que, al menos para un sector de las élites intelectuales peruanas, la ocasión del incendio era propicia para generar un debate internacional sobre una de las fuentes más importantes del saqueo y destrucción de bibliotecas: el tráfico en libros y documentos robados. El mensaje de algunos intelectuales era claro: si había un interés serio en reconstruir y mantener una importante colección bibliográfica, debía hacerse un esfuerzo serio para prevenir la continuación de lo que era (y lamentablemente todavía es) una práctica común a lo largo y ancho del hemisferio.⁷³ Desafortunadamente, aquellos que estaban a cargo de las negociaciones y discusiones no hicieron lo suficiente para poner este



73. Sobre este tema ver Báez.

tema en el centro de la agenda, y así se perdió la oportunidad de generar un esfuerzo para detener el saqueo cultural en nuestros países.



Carlos Aguirre es profesor de Historia Latinoamericana en la Universidad de Oregón. Obtuvo su doctorado en la Universidad de Minnesota en 1996. Ha publicado varios libros sobre la historia de la esclavitud, el delito, las prisiones, los intelectuales y la cultura impresa, incluyendo *The Criminals of Lima and their Worlds* (2005), *Dénle duro que no siente. Poder y transgresión en el Perú republicano* (2008) y *La ciudad y los perros. Biografía de una novela* (Lima, 2015). También ha coeditado varios volúmenes, entre los cuales están *Lima siglo XX. Cultura, socialización y cambio* (2013) y *From the Ashes of History. Loss and Recovery of Archives and Libraries in Latin America* (2015). Actualmente trabaja en dos proyectos, uno sobre intelectuales y nacionalismo militar en el Perú y el otro sobre intelectuales y cultura impresa en el Perú del siglo XX.



BÁEZ, Fernando: *El saqueo cultural de América Latina. De la conquista a la globalización*. Barcelona: Debate, 2009.

BASADRE, Jorge: “Terminación y comienzo”, *Fénix*, 1, 1944, pp. 133-139.

_____, *La Biblioteca Nacional de Lima, 1943-1945*. Lima: Editorial Lumen, 1945.

_____, *Recuerdos de un bibliotecario peruano*. Lima: Editorial Historia, 1975.

CORNEJO, María Elena: *70 aniversario. ICPNA: Instituto Cultural Peruano Norteamericano, 1938-2008*. Lima: Instituto Cultural Peruano Norteamericano, 2008.

CORZO, Orlando: “Testimonio del Dr. Ricardo Arbulú Vargas, representante de la primera promoción que cursó estudios en la Escuela Nacional de Bibliotecarios el año 1944”, *Alexandria. Revista de Ciencias de la Información*, III, N.º 6, 2007, 37-44.

FALCÓN, Jorge: “Sin biblioteca”, *Universal*, 10 de mayo de 1943.

GONZALES ALVARADO, Osmar: “Ricardo Palma y la Biblioteca Nacional del Perú: Homenaje”, en *Ideas, intelectuales y debates en el Perú*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2011, pp. 91-118.

_____, “Ricardo Palma y Manuel Gonzáles Prada: Conflicto entre dos tipos de intelectuales,” en *Ideas, intelectuales y debates en el Perú*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2011, pp. 15-29.

G[ONZÁLES] PRADA, Manuel: *Nota informativa (acerca de la Biblioteca Nacional)*. Lima: Imprenta de La Acción Popular, 1912.

- GUIBOVICH, Pedro: “La usurpación de la memoria: el patrimonio documental y bibliográfico durante la ocupación chilena de Lima, 1881-1883”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*. Köln, Germany, Vol. 46, 2009, pp. 83-107.
- HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl: *Plan para la afirmación de la democracia en América. Interamericanismo democrático sin imperio*. Buenos Aires: Ediciones APRA, 1941.
- MCEVOY, Carmen: “Guerra, civilización e identidad nacional. Una aproximación al coleccionismo de Benjamín Vicuña Mackenna, 1879-1884”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*. Köln, Germany, Vol. 46, 2009, pp. 109-134.
- PALMA, Ricardo: *Catálogo de los libros que existen en el Salón América*. Lima: Imprenta de Torres Aguirre, 1891.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl: “Pasión y muerte de la Biblioteca Nacional de Lima”, *La Prensa*, 9 de Abril de 1943.
- SALVATORE, Ricardo D.: “The Enterprise of Knowledge. Representational Machines of Informal Empire”, en Gilbert M. Joseph, Catherine C. Legrand, and Ricardo D. Salvatore, eds., *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*. Durham: Duke University Press, 1998, pp. 69-104.
- _____, “Dilemas de la acumulación cultural periférica. Acerca de la ‘peruanidad’ de tres intelectuales peruanos”, ponencia presentada a la conferencia sobre “Intelectuales y Poder en la Historia Peruana”. Lima, 14-16 de diciembre, 2004.
- _____, “Tres intelectuales peruanos: conexiones imperiales en la construcción de una cultura nacional”, en Carlos Aguirre and Carmen McEvoy, eds. *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos – Instituto Riva Agüero, 2008, pp. 353-384.
- TAURO, Alberto: “Informe del Dr. Alberto Tauro sobre su viaje a los Estados Unidos” (15 de febrero de 1944), *Boletín de la Biblioteca Nacional*, I, 3, Abril 1944, pp. 259-262.
- VALCÁRCEL, Luis E.: *Memorias*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1981.
- VARGAS UGARTE, Rubén: “Carlos A. Romero”, en Biblioteca Nacional del Perú, *La Biblioteca Nacional: Aportes para su historia*. Publicación digital s/f.
- XAMMAR, Luis Fabio: “Ricardo Palma, bibliotecario”, *Fénix*, 1, 1944, pp. 121-132.